



Narrativa Chirbes muestra su pesimismo más radical haciendo emerger del fango una sociedad que es a la vez víctima e inductora de la crisis moral

Los hijos del pantano

Rafael Chirbes
En la orilla

ANAGRAMA
440 PÁGINAS
19,90 EUROS

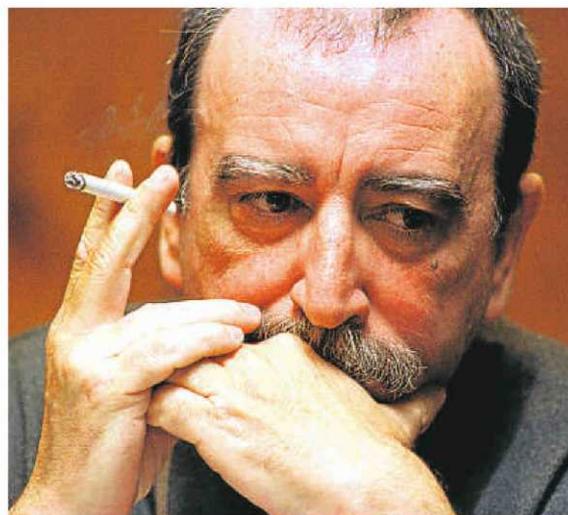
J.A. MASOLIVER RÓDENAS

El pesimismo más radical está siempre presente en las novelas de Rafael Chirbes (Tavernes de la Valligna, Valencia, 1949) como un aliento purificador por todo lo que tiene de verdadero. Las primeras páginas de *En la orilla* son estremecedoras porque actúan, sin que el lector sea demasiado consciente, a modo de presagio. Un presagio al revés, puesto que lo que parece el principio es, en realidad, el final: el 26 de diciembre de 2010, Ahmed Ouallah ha ido a pescar al marjal, como lo ha venido haciendo desde que Esteban cerró la carpintería. Allí descubre dos bultos semihundidos en el agua, los restos de un tercer amasijo que podrían pertenecer a un hombre mutilado y un vehículo calcinado.

La referencia a los emigrantes, al desempleo, a la proliferación de prostitutas, a las construcciones abandonadas y a otros tantos indicadores de la crisis económica está envuelta en una atmósfera misteriosa y dramática: ya en estas pági-

nas el documento ha sido sustituido por una indagación de la naturaleza humana.

Tras este breve capítulo introductorio, narrado en tercera persona, retrocedemos al 14 de diciembre del mismo año, para adentrarnos en el cuerpo de la novela: un largo monólogo de Esteban, al que acompañarán, señaladas en cursiva, las voces de aquellas personas en torno a las cuales ha girado su vida. Voces inconfundibles porque responden a personalidades muy distintas y que vienen a sustituir a la trama tradicional. La tensión nace de la relación entre ellos, víctimas de la crisis pero también del engaño, de la ambición, de la enfermedad y de la edad. Esteban ha regentado la carpintería que perteneció al abuelo -fusilado por los nacionalistas en la guerra civil-, y de la que fue propietario el padre, un hombre que, al acabar la contienda, decidió refugiarse en el pantano, pero que, aconsejado por su esposa, se entregó a las autoridades y, tras tres años de cárcel, vol-



vió a tomar las riendas del taller. Ahora, a sus noventa años, es un minusválido que "ha cambiado el autoritarismo por la exigencia de piedad: yo, su criado porque me da lástima". Y criada lo ha sido la colombiana Liliana, uno de los personajes más encantadores del libro, con una sensualidad contagiosa que sedujo al ya septuagenario Esteban, que la adoptó como a una

Poderosísima novela sobre la crisis en la que Chirbes llega a la más alta expresión del realismo

hija, escuchó las quejas contra un marido perezoso y violento y la ayudó económicamente: "No pongas esta carita triste, porque me dan ganas de abrazarte", "me dan ganas de tocarte, de acariciarte, de envolverte entre mis brazos". El bálsamo del amor paternal y el del mal ocultado deseo, compensado por el cariño de ella: "Aunque no me pagara, vendría".

Dejemos este sensual idilio en el aire, en este aire en realidad pestilente que llega del pantano: "nosotros tenemos nuestro propio entorno, nuestro podrido y vivificante marjal". Un marjal que es un maleficio y en torno al cual parece girar la vida de todos los habitantes de

Rafael Chirbes
SALVADOR SANSUÁN



Olba. Interesa especialmente la relación de Esteban con el padre, con el que comparte el pesimismo y por el que no siente el mínimo afecto, un padre que quiso ser artista para verse finalmente prisionero de la carpintería, como lo será su hijo, y que no pudo quedarse en el pantano al que acabará, ya inválido, por regresar: “Ése es el pacto que he sellado con él, devolverlo al lugar del que lo hicimos salir”. Un regreso que se convierte en una pesadilla y que inevitablemente nos obliga a volver a las primeras páginas del libro, cuando Esteban tuvo que cerrar la carpintería. Ahora, a través de los monólogos, reconstruye su vida y la de todo Olba, pueblo cercano al Misent familiar a los lectores de *Crematorio* o a los espectadores de la serie televisiva homónima. Su vida gira alrededor de su familia, ansiosa por heredar cuando muera el padre, los amigos con los que juega a las cartas, y quienes fueron los empleados de la carpintería. Voces que acompañan a la voz de quien no sólo ha vivido la crisis económica y la desintegración moral tan presente en el libro, sino la estafa de su amigo Pedrós, que le ha llevado a la ruina; la de su esposa Leonor, que le abandona por su amigo de toda la vida, Francisco, y la de la seductora colombiana. Nada le queda más que el recuerdo de todo lo perdido. “¿Podemos decir que hay gente de verdad? Pero ¿qué es eso?, ¿qué quiere decir gente de verdad?”. La respuesta la tiene el lector en las páginas de esta poderosísima novela, en la que Chirbes llega a la más alta expresión del realismo. |